

La hospitalidad nos reconcilia **“Hacer pazes” en la "casa común"**

"El mundo necesita reconciliación en esta atmósfera de tercera guerra mundial que estamos viviendo," decía el papa Francisco a la asamblea de la ONU el 2015. En un mundo roto por multitud de violencias físicas y psicológicas, sociopolíticas, económicas y ecológicas, a todos los niveles tanto personal como estructural, local como global, la Compañía de Jesús se deja afectar y remover las entrañas, como el mismo Jesús, y no permite que la violencia se normalice al mirar al mundo. Por esto Jesús nos invita a *remar mar adentro* de las heridas del mundo, hacia sus fronteras. “La reconciliación, y el trabajo por la paz, es un aspecto esencial de nuestra tarea apostólica, más cuando estamos enviados a las fronteras en que se visualizan los conflictos, la división y el sufrimiento de nuestro mundo.” Nuestro servicio de la fe y promoción de la justicia en el diálogo intercultural e interreligioso se articula en la misión de reconciliar. Así "ayudaremos a que la Compañía sea una institución profética que denuncie las injusticias, que anuncia la filiación divina de todos los seres humanos y que celebra la fraternidad universal en un mundo roto." Dicho con palabras del Papa Francisco: “Hoy nuestra revolución pasa por la ternura (...) para tender puentes, romper muros, sembrar reconciliación.” No hay nada que rompa muros más hondamente y sea más revolucionario que la hospitalidad que abre puertas y hace posible la “casa común.” La hospitalidad nos reconcilia. La misión de Ignacio y los primeros compañeros que llamaban "hacer pazes" hoy pasa por *hacernos hospitalidad para “reconciliar desavenidos.”*

A. Contemplar un mundo *desavenido*

En la contemplación de la encarnación de los EE.EE. vemos a Dios mirando el mundo en toda su diversidad: *algunos en paz y otros en guerra, (...) viviendo en ceguera, muerte e infierno.* El Papa Francisco en su vuelo hacia la última jornada de la juventud (julio 2016) decía: “Una palabra que se repite mucho es «inseguridad». Pero la verdadera palabra es «guerra». Desde hace tiempo decimos: «El mundo está en una guerra a trozos». Esta es una guerra. Estuvo aquella del 14, con sus métodos; después aquella del 39 – 45, otra gran guerra en el mundo; y ahora ésta. (...) No tenemos miedo de decir esta verdad: el mundo está en guerra porque ha perdido la paz. (...) Hay una guerra de intereses, hay una guerra por el dinero, hay una guerra por los recursos naturales, hay una guerra por el dominio de los pueblos: esta es la guerra.” Francisco así nos invita a contemplar: “Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de la dignidad, y sintámonos provocados a escuchar su grito de auxilio. Que nuestras manos estrechen sus manos, y acerquemoslos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia que suele reinar campante para esconder la hipocresía y el egoísmo.”

Miramos el mundo desde la perspectiva de conflictos. En la actualidad hay unos 40 conflictos armados en el mundo (unos 20 en África, 10 en Asia, 6 en Medio Oriente, 3 en América Latina, y 3 en Europa). Los conflictos más letales actualmente son por orden: Siria, Sur Sudán, Irak, Afganistán y Somalia. Entre los países con mayor número de muertes en conflictos internos se encuentra actualmente México debido a la proliferación de bandas criminales. Seis indicadores de conflictos a nivel global siguen deteriorándose:

intensidad de los conflictos nacionales internos, manifestaciones violentas, percepción de la criminalidad, muertes por conflictos internos, refugiados y desplazados internos, y el impacto del terrorismo. De acuerdo al The Independent, hay tan solo diez países en el mundo libres de participación en conflictos internos y/o externos (Botswana, Chile, Costa Rica, Japón, Mauricio, Panamá, Qatar, Suiza, Uruguay, Vietnam).

El impacto de la violencia en la economía global fue de 13.6 trillones de dólares representando el 13.3% de la actividad económica del mundo; dicho de otro modo los conflictos han costado a cada habitante del planeta 1.800 dólares en el 2015. Junto a esto tenemos el negocio de armamento y de la guerra. La inequidad a nivel global, la brecha entre ricos y pobres como violencia económica estructural, crece a unos niveles sin precedentes en poco más de un siglo: “el 1% más rico de la población mundial acumula más riqueza que el 99% restante. Se ha llegado a esta situación un año antes de lo que Oxfam predijo antes del Foro Económico Mundial de Davos en 2015 (...). Al mismo tiempo, la riqueza en manos de la mitad más pobre de la humanidad se ha reducido en un billón de dólares a lo largo de los últimos cinco años. (...) La creciente desigualdad económica perjudica a todo el mundo, ya que debilita el crecimiento y la cohesión social. Pero es la población más pobre la que sufre sus peores consecuencias.” Es cierto que entre 1990 y 2010 se ha reducido el número de personas en situación de pobreza extrema pero “si durante este periodo de tiempo la desigualdad dentro de los países no hubiese aumentado, otros 200 millones de personas habrían salido de la pobreza, una cifra que podría haberse incrementado hasta alcanzar los 700 millones de personas si las personas más pobres se hubiesen beneficiado más del crecimiento económico que los sectores más pudientes.” Por otro lado sabemos que los países con mayor desarrollo y mayor nivel de ingresos tienden en general a tener una huella ecológica mayor que aquellos países menos desarrollados. La riqueza de los personas en países desarrollados producen un impacto medio ambiental que hace a la “casa común” insostenible ejerciendo violencia no sólo a las poblaciones afectadas hoy por el deterioro ambiental sino también afectando las relaciones justas intergeneracionales (violando los derechos de tercera generación).

Cuando las desigualdades y divisiones económicas interactúan con otras divisiones étnicas, religiosas o regionales, el riesgo de un conflicto civil es alto. Lo mismo se puede decir de la violencia medioambiental: cuando la degradación ecológica interactúa con divisiones étnicas en un contexto determinado el riesgo de conflictos armados crece.

Entre los cinco riesgos percibidos con mayor impacto a nivel global durante los últimos tres años se encuentran por orden de mayor a menor: riesgos ambientales derivados de fenómenos meteorológicos extremos y el cambio climático, las armas de destrucción masiva, las crisis de agua, las migraciones involuntarias a gran escala, así como el impacto generado por cambios en el precio de la energía (por aumento o disminución). El riesgo considerado más probable son las migraciones involuntarias a gran escala. Entre los riesgos globales que siguen siendo serios debido a su impacto combinado y probabilidad se encuentran algunos riesgos económicos, como por ejemplo las crisis fiscales en economías clave y un alto desempleo estructural o subempleo. Estos están complementados por los ciber-ataques y una profunda inestabilidad social. Los riesgos que se perciben como relacionados y podrían dar lugar a riesgos en cadena son tres: primero, la posibilidad de que el cambio climático exacerbe las crisis del agua, con impactos incluyendo conflictos y un aumento de la migración forzosa.

La paz sostenible pasa por reconciliar y sanar las heridas de estas violencias pasadas y prevención de riesgos futuros (*reconciliación preventiva*: que esta generación restablezca relaciones justas hoy para que en el futuro sus hijos puedan salir del círculo de la violencia). El cúmulo de aciertos y desaciertos en la búsqueda alternativa al conflicto y la violencia a lo largo y ancho del mundo, así como el cúmulo de manifestaciones violentas que acabamos de describir someramente, nos coloca ante una nueva frontera apostólica: la misión de la hospitalidad como Nueva lectura de Fe y Justicia.

B. Hospitalidad: la misión de reconciliarnos

Adolfo Nicolás nos invita a capacitarnos como jesuitas para *ser reconciliación* y promover reconciliación, a “empezar reconciliándonos nosotros para ser creíbles como individuos e iglesia;” y añade que “condiciones básicas de la reconciliación son: comunión con Dios, la cercanía con la gente que sufre, la hospitalidad con las víctimas y el diálogo con todos.” Ese diálogo con todos nos invitaría a ofrecer nuestra hospitalidad también al ofensor como apuesta por la justicia restaurativa, pues Jesús nos invita a la perfección del Padre que se encarna en el amor enemigo.

La “re-con-ciliación” etimológicamente significa “llamar-juntas-otra vez” a las partes *desavenidas* por un conflicto. Este proceso de transformación relacional tiene distintos niveles: personal (reconciliación con uno mismo), interpersonal, grupal, familiar, laboral, institucional, social, religioso, local, nacional, internacional, global (reconciliación con los otros), ecológico (reconciliación con la creación), teológico (reconciliación con Dios), etc. La reconciliación suele ser un proceso largo en el tiempo, implicando varias generaciones en algunos casos, y complejo en distintos contextos cambiantes, implicando distintos elementos en el restablecimiento de las relaciones pacíficas sostenibles (lo que se conoce como *paz positiva*): parar la violencia cuanto antes, sanación de heridas y traumas, alcanzar la verdad sobre los hechos, establecer un sentido de justicia para todas las partes, reparar al máximo posible el daño causado, y restablecer la relación de confianza entre los distintos actores sociales. Desde la perspectiva cristiana, aunque no de forma exclusiva, el perdón es un elemento que juega un papel central en este proceso de reconciliación en muchas sociedades e individuos. Otros elementos de los procesos de reconciliación complejos son estructurales como el desarrollo humano y económico de individuos y comunidades, el desarrollo de instituciones sociales y políticas al servicio del bien común. Concretamente, desde el índice de riesgos globales mencionado anteriormente, una efectiva respuesta en procesos de reconciliación complejos requeriría: una mejor gestión del agua en respuesta al cambio climático, políticas para responder a una población en crecimiento y al desarrollo económico, la necesidad de abordar la crisis global de refugiados (poniendo un mayor énfasis en políticas que puedan construir resiliencia y resistencia en la búsqueda de soluciones duraderas además de responder a la crisis inmediata), capacidad para entender bien los retos en torno a la Cuarta Revolución Industrial que nos afectará en todos los niveles en un momento de desaceleración económica. La misión de reconciliar también implicará desarrollar una cultura de paz, *ecología de paz*, que protege con seguridad y promueve la dignidad humana de *toda la persona y de todas las personas* (Benedicto XVI) por medio del reconocimiento de la igualdad frente a los derechos humanos y el reconocimiento de las diferencias culturales de grupos específicos y características personales también diferenciales entre individuos.

La reconciliación mutua entre actores con intereses percibidos como excluyentes llevara a vivir con mayor hospitalidad de unos y otros para convivir en la “casa común.” La hospitalidad promueve de forma concreta la reconciliación pues restablece relaciones justas entre actores en conflicto pero, al tiempo, las lleva más allá de la justicia hacia la gratuidad en un mundo que excluye con murallas y alambradas físicas, mentales y sentimentales, al que no tiene con qué pagar la entrada. La palabra hospitalidad etimológicamente significa “acoger al hostil” (*hospitalidad* y *hostil* vienen de la misma raíz indoeuropea). No hay reconciliación mutua entre aquellos que excluyen hostilmente y los excluidos, sin la libertad de ambos para compartir con hospitalidad el mismo espacio de inclusión, la “casa común.” La hospitalidad es una categoría que permite interpretar cómo se sitúa el hombre en el mundo. La hospitalidad recoge el empeño de hacernos con la riqueza y extrañeza de la vida de los otros, de las culturas en que vivimos, a veces demasiado opaca hasta rozar lo incomprensible y hostil, pero que está en el origen de ese

aprendizaje de lo Nuevo, el contacto con lo distinto y la armonización de lo dispar en que nuestra vida consiste.

La reconciliación como “desafío urgente de proteger nuestra *casa común* incluye la preocupación de unir a toda la familia humana en la búsqueda de un desarrollo sostenible e integral” por medio de la hospitalidad como valor contracultural y evangélico en medio del mercantilismo y consumismo en nuestras sociedades. ¿Cómo promover, pues, la hospitalidad que reconcilia?

1. Ir a la fuente: hospitalidad trinitaria y encarnada

¿Dónde están las fuentes hondas de la hospitalidad que reconcilia a aquellos que se viven como hostiles y excluyentes? ¿Dónde están las fuentes de la reconciliación, el perdón, la paz capaz de hacer posible la convivencia en la “casa común” tanto localmente como globalmente? Hoy el mundo pide de las tradiciones religiosas más que nunca acompañar a las personas y sociedades en la pedagogía de la espiritualidad que nos conecte con las fuentes hondas de vida y “vida en abundancia” (Jn 10,10) para dar vida y resucitar tanta muerte violenta, no querida por Dios.

Por eso la reconciliación y paz en el mundo pasa por la reconciliación entre tradiciones religiosas que hacen misión común en el don de la espiritualidad que promueve vida plena para la persona entera y todas las personas. Esa espiritualidad conecta a individuos y sociedades con las fuentes de un amor tan hondamente humano que se nutre del divino capaz de perdonar lo imperdonable, reconciliar lo irreconciliable, y “hacer pazes.” La espiritualidad de la reconciliación nos ayuda a *recrear relaciones justas* basadas en la convivencia que nace de la reconexión honda con las fuentes; nace de la comunión con Dios pues somos sólo cooperadores de la obra de Dios (2 Cor 5, 15-20).

Los evangelios nos revelan a un Dios que salva reconciliando por medio del perdón y sanación de Jesús, justificando (*restableciendo relaciones justas*) como don gratuito que no sólo libera de males sino que recrea la vida dañada violentamente en la resurrección. Jesús es el que *reestablece relaciones justas* como médico que sana con una *justicia restaurativa*, que intenta salvar tanto a justos como pecadores, y es expresión de su invitación al *amor a los enemigos*, a ser perfectos como el Padre celestial que hace salir el sol salga para justos e injustos (Mt 5,25). Es tal el reto del perdón, la reconciliación y la paz ante violencias extremas que es cuando se hace más claro que un amor reconciliador tan grande sólo puede venir de Dios. Por eso la reconciliación y el perdón invitan a una mayor hondura espiritual cuanto mayor es la violencia. Esta dinámica de Dios amor se expresa sacramentalmente en toda su riqueza y complejidad al nombrar esa realidad con cinco nombres: sacramento de la conversión (implica un cambio, entre otros para la violencia), sacramento de la confesión (reconocer la verdad), sacramento de la penitencia (asumir la responsabilidad penal desde la justicia), sacramento del perdón (don que repara), o sacramento de la reconciliación (recrear relaciones de confianza mutua).

Dios Trinitario es el actor fundamental de la reconciliación con cuya gracia nosotros cooperamos. El Padre es fuente y meta de la reconciliación; es suya la iniciativa cuya meta es incluirnos en la comunión trinitaria, expresión de la hospitalidad divina. El Hijo que es el reconciliador, mediador entre Dios y nosotros, entre los seres humanos, y entre nosotros y la creación, construye puentes y abre puertas de hospitalidad en todas las direcciones entre criaturas y entre criaturas y el Creador. El Espíritu es el Paráclito, defensor de la hospitalidad que nos reconcilia; al habitarlos nos hace hospitalarios y nos invita a acoger y ser acogidos. El amor trinitario entre las tres personas divinas se expresa en la *perijoresis*: las tres personas se cohabitan y se hacen hospitalidad plena de cada

una para las otras dos. Esa realidad divina de cohabitación por amor es la hospitalidad que modela las relaciones sociales en un mundo que necesita relaciones justas y reconciliadas. Estamos hechos a imagen y semejanza de Dios que es amor, que es hospitalidad. La primera expresión de la humanidad se hace palpable en la misión y tarea de ser hospitalarios, más allá de la reciprocidad común que asumimos las personas. Si algo está manifiesto en esta perspectiva hacia la reconciliación es que somos huéspedes mutuamente: somos recepción/acogida y encuentro. Ya en los EE se expresa al invitarnos San Ignacio a no solo ver a las personas sobre la faz de la tierra y, en sí misma la Trinidad, miran esa realidad, sino que nos lanza a oír, mirar lo que hacen y, por ende, reflejar para hacer realidad el encuentro hospitalario que dará lugar a la encarnación (reconciliación).

El misterio de la encarnación en Jesús nos habla de la divinidad hospedándose en la humanidad y de la humanidad hospedándose en la divinidad para reconciliar a Dios y el mundo. La encarnación de Jesús como proceso de reconciliación diviniza la humanidad. Por eso el ministerio de la reconciliación es ministerio de la hospitalidad que nace del corazón de la fe cristiana: un Dios trinitario y encarnado. Ser cristianos es ser embajadores de reconciliación (2 Cor) por medio de la hospitalidad. No sólo es misión de la Iglesia *ad extra* (a quienes les perdonéis los pecados les quedan perdonados (Jn 20, 20) sino *ad intra*: la llamada a que seamos uno para que el mundo crea (Jn 17,21). La misión de reconciliar implica la hospitalidad en las fronteras del ecumenismo, en el diálogo interreligioso e intercultural. Los líderes de la iglesia están llamados a ser ejemplo de hospitalidad (1 Tim 3, 2; Tit 1, 8; Heb 13, 2; 1 Pe 4, 9). Como ha dicho el papa Francisco: "Que la Iglesia sea espacio de la misericordia y esperanza de Dios, donde cada uno se sienta acogido, amado, perdonado y alentado a vivir según la vida buena del Evangelio. Y para hacer sentir al otro acogido, amado, perdonado y alentado, la Iglesia debe tener las puertas abiertas para que todos puedan entrar. Y nosotros debemos salir por esas puertas y anunciar el Evangelio." El ministerio de la reconciliación es el ministerio de la hospitalidad en las dos direcciones: abrir nuestras puertas al otro y salir a visitar al otro en su hogar, como Dios en las dos direcciones ha hecho en Jesús.

2. Espiritualidad ignaciana para la hospitalidad y la reconciliación

La autobiografía de Ignacio es una peregrinación de sanación espiritual tras su herida física en Pamplona. En los Ejercicios Espirituales Ignacio nos comunica la mistagogía detrás de su peregrinación de sanación vital y reconciliación con Dios, con él mismo, con los otros y con la creación. La pedagogía de la reconciliación en los EE.EE. desmantela los miedos que nos hacen ser reactivos y entrar en el círculo reactivo de la violencia que cierra puertas a la hospitalidad. La mayor tentación de las sociedades competitivas hoy en un mundo limitado en recursos es cerrar puertas a la hospitalidad porque sin hospitalidad no hay reconciliación y sin reconciliación es imposible salir del círculo de la violencia y el miedo. En la pedagogía espiritual de los ejercicios ignacianos encontramos cinco pasos que nos libran de miedos y violencias, de cerrojos y nos abren puertas para ser hospitalarios.

a. El Principio y Fundamento de la reconciliación

Dios es Dios porque es hospitalable, *hospeda al hostil* en su casa, y así *reconcilia al desavenido*. Ese es el principio y fundamento divino de la hospitalidad y la reconciliación humana: Dios nos capacita primero a ser hospitalables y reconciliadores porque estamos hechos a su imagen y semejanza, Él que es hospitalidad y reconciliación plena. El ser humano es creado junto con toda la creación para la hospitalidad que nos permite vivir reconciliados. Dios se hace hospitalidad para nosotros en la naturaleza creada para acogernos. A este Dios hospitalidad y reconciliación plena alabamos, servimos y

reverenciamos y así nos hace indiferentes: internamente libres para solamente desear y elegir lo que más conduce a la hospitalidad y reconciliación divina con nuestra cooperación humana. Alabar, servir y defender el vínculo con esa fuente de Vida que es fuente de hospitalidad y reconciliación es lo que nos salva: nos hospeda en sí y nos hace hospitalidad para otros, nos reconcilia consigo y nos hace reconciliación para otros.

b. El perdón que nos reconcilia en primera semana

Frente al rechazo de otros (el pecado) Dios nos hospeda en su ser abrazándonos, perdonándonos, invitándonos a convivir con él en su hogar: nos hace su familia reconciliada.

La hospitalidad de Dios va más allá de la coexistencia (existir junto a) implicando procesos de convivencia (vivir plenamente es vivir con otros) con los que percibo como "hostiles." Esto implica conversión hacia Dios y hacia el otro habitado por Dios. En la primera semana, en el perdón (etimológicamente significa excesivo-don) es Dios mismo el don excesivo, gratuito, que sale a hospedarse en nosotros tras la ruptura del pecado y, a su vez, nos invita a hospedarnos en él. Por eso la reconciliación es expresión de volver a la cohabitación y hospitalidad que el perdón actúa como modo de co-operar con Dios, fuente del mismo. La mistagogía de la reconciliación empieza no culpando al otro como ofensor sino reconociendo primero en mí la parte de ofensor perdonado y reconciliado que soy. Desde ese agradecimiento a Dios que nos sana primero nos sentimos dinamizados y llamados al seguimiento.

C. Llamados a reconciliar humildemente con Él y como Él en segunda semana

"Venid y lo veréis" es la invitación al seguimiento de un Dios que se hace hospitalidad, que nos da la bienvenida en su casa pero que al tiempo parte su pan para habitarnos también. Él ofrece hospitalidad primero para enseñarnos a ser hospitalarios y luego nos pide cobijo. Jesús es la hospitalidad que nos reconcilia con el hostil dándonos la bienvenida a su hogar sencillo, humilde y gracioso. La pedagogía y dinámica que nos hace hospitalarios para reconciliar es la pobreza frente a riqueza, el menosprecio frente al vano honor del mundo y la humildad frente a la soberbia. El conocimiento interno del Señor que por nosotros se ha hecho hombre para que más le ame y le siga lo hace saliendo de sí a nuestro encuentro para buscarnos cuando estamos errantes, sin hogar, y llevarnos a su casa. Desde segunda semana la humildad hasta ser tenidos por locos por Cristo es el valor central de la reconciliación.

d. Reconciliar mansamente bajo el estandarte de la cruz en la tercera semana

Una vez Jesús nos ha enseñado cómo él es hospitalario y nos reconcilia consigo, ahora nos anima a que lo acojamos nosotros a él para que la relación sea de amor maduro, en mutualidad. La última cena es una invitación libre de Dios a ser hospitalarios con él así como él ha sido con nosotros. La eucaristía centro de la vida comunitaria cristiana es nosotros siendo hospitalarios con Dios: recibirlo en nuestro hogar más íntimo. Es ahora cuando podemos estar preparados para el ministerio de la reconciliación que implica pagar un precio. La cruz que reconcilia es locura para muchos.

Dios es rechazado, no lo dejamos vivir en nuestro mundo, le cerramos la puerta al matarlo. Pero Él responde a nuestra falta de hospitalidad con su perdón, expresión de la hospitalidad divina que ama como el Padre celestial que es perfecto: amar al enemigo es *perdonar* (amor extremo) que abre las puertas del hogar al hostil. La hospitalidad reconciliadora de Dios se muestra en su radicalidad en el perdón de la cruz. Como Jesús: apasionados (cruz) y mansos. Dios en Jesús transforma la violencia mansamente en amor extremo: el perdón recibido del Padre (padre perdónalos). El problema no es estar o

no heridos por la vida, sino si tocamos la herida como Jesús, como Ignacio, como fuentes de hospitalidad y reconciliación. Sus heridas nos han sanado.

e. Resucitados para la misión de consolar-reconciliar en la cuarta semana

Cuando estaban encerrados por miedo a la violencia Jesús entra dando la paz y capacitando para perdonar, para reconciliar abriendo puertas y siendo hospitalarios. *La Paz con vosotros ... A quienes les perdonéis*, les dice. El resucitado nos capacita a ser perdón con y como Dios.

La resurrección es hacerse completamente hospitalarios (amar al enemigo) y descubrir en toda la creación el hogar que transparenta a Dios: toda la creación resucitada permite contemplar para alcanzar amor porque muestra a puertas abiertas que Dios la habita. Ese es el Reino de Dios. La nueva creación muestra su hospitalidad perfecta al revelar en ella al Creador resucitado que la habita trabajando y dando vida en las criaturas. El Padre al no devolver violencia por violencia libera a la nueva generación de vivir encerrada en el círculo de la violencia. El Padre perdonando a los criminales de su Hijo en la cruz resucita a Jesús; da nueva vida futura a la siguiente generación donde *el becerro y el cachorro de león comerán juntos y un niño pequeño los liderará ... verán a sus hijos descansar en paz juntos* (Is 11:6-9).

Cristo resucitado es hospitalidad divina de la primera humanidad nueva cohabitando en la Trinidad y nos envía a remar mar adentro ofreciendo lo que ya él ha conseguido para nosotros primero: ser reconciliadores por medio de la hospitalidad divina que cohabita y es cohabitada.

La misión del Resucitado es consolar reconciliando al enviarnos su Espíritu. Somos hogar hospitalario del Espíritu de Dios que nos reconcilia con él, con uno mismo, con los otros y con la creación. Esa es la contemplación para alcanzar amor en la que Dios quiere que vivamos.

3. La reconciliación se hace cuerpo en la Compañía

Se podría decir que Ignacio sana su herida humana creando la Compañía. El peregrinaje espiritual de Ignacio en su autobiografía y los EE.EE. nos muestra cómo Dios va sanando su herida y lo hace embajador de la reconciliación de Dios. Esa llamada carismática a la reconciliación está en el mismo comienzo institucional del cuerpo de la Compañía: *reconciliar desavenidos*. Hoy más que nunca nos urge volver a las raíces de la Formula Instituti (FI). Al comentar Nadal la FI dice que *reconciliar desavenidos* es expresión de la bienaventuranza “benditos los que trabajan por la paz porque serán llamados hijos de Dios.” Los comentarios de Nadal a la FI subrayan que los primeros compañeros estaban fundamentalmente comprometidos en la misión de “reconciliar desavenidos” a la cual sirven los otros ministerios. Igualmente subraya Nadal que no sólo los primeros padres sino especialmente Ignacio se aplicaba muy seriamente y con éxito considerable a la misión de reconciliar.

Diez años de experiencia misionera (1540-50) de Ignacio con los primeros compañeros llevan a su secretario Polanco a pedir a Ignacio precisar en la formulación de 1550 que la Compañía fue “fundada principalmente para emplearse en la defensa y propagación de la fe... Y, con todo, se muestre disponible (cada jesuita) a la pacificación de los desavenidos (*reconciliación de los desavenidos*), *al socorro de los presos en las cárceles y de los enfermos en los hospitales, y al ejercicio de las demás obras de misericordia, según pareciere conveniente para la gloria de Dios y el bien común.*” Ante la sugerencia de Polanco de incorporar “visitar hospitales y cárceles, *hacer pazes*, etc.”, Ignacio responde: “Afirmative, pero sin scrúpulo de obligación.” Sin embargo, hoy día, en un mundo

desavenido por tantas violencias que lleva al papa Francisco a repetir que “el mundo está en guerra,” no podemos dejar de discernir y confirmar profundamente que la precisión en la misión de la FI “*parece conveniente*” para la gloria de Dios y el bien común de nuestras sociedades en la construcción de la “casa común.”

En las Constituciones Ignacio escribe que los jesuitas se dedicarán a “reconciliar las partes enfrentadas.” (Dissidentium reconciliatio). Pero no sólo la misión de reconciliar ha estado en los orígenes de Ignacio y los primeros compañeros, también en las últimas cinco CG.

La CG 32 y 34 formulan explícitamente la FI. La CG 35 presenta con hondura la reconciliación como la misión principal de la Compañía. Se podría decir que desde la CG 31 (que menciona la reconciliación sólo una vez y de forma escatológica) a la 35 hay una creciente explicitación y concreción de la reconciliación como misión fundamental de la Compañía. En la CG 32 la reconciliación, explícitamente referida al “reconciliar desavenidos” de la FI (D.4, n.17), articula la relación vertical con Dios y la horizontal con los otros seres humanos, incluidos los enemigos, por estar íntimamente unida al binomio fe y justicia de la misión (D.4, n.2). La CG 32 señalaba que la misión de servicio de la fe y de promoción de la justicia “forma parte de la reconciliación de los hombres exigida por la reconciliación de ellos mismos con Dios” (d. 4, n. 2).

La CG 33 utiliza por primera vez en las Congregaciones la expresión “opción preferencial por los pobres” (D.1, n. 48) en un mundo que *anhela la solidaridad entre países ricos y pobres, la justicia internacional y la paz duradera en medio de una realidad de injusticia y luchas crecientes* (D.1, n. 46). No hay reconciliación y paz estructural sin esa solidaridad y justicia global.

La CG 34 en su decreto sobre el sacerdocio habla del *ministerio de Cristo de sanación y reconciliación en un mundo dividido cada vez más por razones económicas y estatus social, razas y etnias, violencia y guerra, pluralismo cultural y religioso* (D. 6, n. 14). Esta Congregación une las dos partes de la FI al decir que *la misión sacerdotal de los jesuitas está directa e inseparablemente dirigida a la promoción de la justicia por los pobres y la reconciliación del mundo con Dios mediante la proclamación del Evangelio* (D. 6, n. 14). La Congregación pone la reconciliación en el contexto de los derechos humanos, explícitamente nombrando los derechos a la paz, el desarrollo y un medio ambiente sano (D. 3, n. 6). La reconciliación se entiende también como el proceso de diálogo interior en la iglesia (D. 6, n. 13), y el diálogo con la cultura y las diferentes religiones, con los fundamentalismos (D. 5, n. 2, 9, 16).

La CG 35 envía a la Compañía a la misión de *reconciliar en las fronteras*: las fronteras de la fe y la reconciliación con Dios, las fronteras sociales y la reconciliación con los otros seres humanos, y las fronteras ecológicas y la reconciliación con la creación (D.3). Así articula el binomio fe y justicia en la misión reconciliadora de Cristo de la FI actualizada en nuestro mundo global, tal como lo describió Benedicto XVI en su alocución (21 de febrero 2008) a los padres congregados: problemas éticos, culturales y medioambientales, conflictos de todo tipo, y una profunda aspiración de paz. La CG 35 expresaba la misión de la Compañía en términos de restablecimiento de relaciones, para ser “puentes en medio de las divisiones de un mundo fragmentado” (d. 3, n. 17)

La relación con Dios, la relación con uno mismo y con los otros, y la relación con la naturaleza es hostil en muchos contextos actuales. La reconciliación se hace cuerpo en la Compañía cuando nuestras comunidades son *hospitales de campaña*, cuando nos hacemos anfitriones y huéspedes los jesuitas unos de otros; también en la misión compartida con los laicos en nuestras comunidades y obras con los que nos hacemos cuerpo que reconcilia reconciliándonos y dejándonos reconciliar por Dios. Tan importante es acoger (regalarse al otro) como dejarse acoger (dejarse regalar en el otro) para que la reconciliación se haga cuerpo en la Compañía. La mutualidad que la reconciliación implica nos habla de la hospitalidad que nos hace convivir con Dios, con los otros (incluido el otro que llevamos dentro de uno mismo) y con la creación. Por eso decimos que la hospitalidad nos reconcilia (respondemos a la hospitalidad de Dios con nuestra hospitalidad hacia él, uno mismo, los otros y la creación).

Conclusión: La *reconciliación discernida* desde la hospitalidad

Los procesos complejos de reconciliación requieren discernimiento espiritual según tiempos, lugares y personas. No hay una sola forma de entender la reconciliación definida esencialmente para cualquier persona, en cualquier momento y en cualquier lugar del mundo. Una reconciliación no discernida contextualmente, según circunstancias culturales y materiales diversas y cambiantes, que involucre de forma directa a los mismos actores del conflicto puede acabar infligiendo más violencia. Por eso se hace necesario “cultivar una espiritualidad de la reconciliación, religiosa o secular, como cauce para sanar la violencia.” La espiritualidad ignaciana del discernimiento ayudará a cultivar la *discreta reconciliatio*. La espiritualidad ignaciana es de gran ayuda en la transformación de conflictos pues promueve una reconciliación no impuesta por una parte del conflicto sino discernida comunitariamente por todos sus actores buscando el *bien común (discreta)*.

Como dice el Papa Francisco: “La paz social no puede enenderse como un irenismo o como una mera ausencia de violencia lograda por la imposición de un sector sobre los otros. También sería una falsa paz aquella que sirva como excusa para justificar una organización social que silencie o tranquilice a los más pobres, de manera que aquellos que gozan de los mayores beneficios puedan sostener su estilo de vida sin sobresaltos mientras los demás sobreviven como pueden. Las reivindicaciones sociales, que tienen que ver con la distribución del ingreso, la inclusión social de los pobres y los derechos humanos, no pueden ser sofocadas con el pretexto de construir un consenso de escritorio o una efímera paz para una minoría feliz. La dignidad de la persona humana y el bien común están por encima de la tranquilidad de algunos que no quieren renunciar a sus privilegios. Cuando estos valores se ven afectados, es necesaria una voz profética.” (EG, 219). La Compañía será institución profética (lo que los dos previos P. Generales cuestionaban) si es capaz de acompañar y servir, investigar y defender relaciones justas en acciones puntuales locales y en redes internacionales (GIAN) alimentadas por una profunda espiritualidad de discernimiento. La reconciliación discernida espiritualmente de modo comunitario inclusivo, donde los excluidos participen como sujetos activos del discernimiento, es la que “hace pazes.” De este modo, la reconciliación discernida socialmente “construye la amistad social (... y) se convierte así en un modo de hacer la historia, en un ámbito viviente donde los conflictos, las tensiones y los opuestos pueden alcanzar una unidad pluriforme que engendra nueva vida. No es apostar por un sincretismo ni por la absorción de uno en el otro, sino por la resolución en un plano superior que conserva en sí las virtualidades valiosas de las polaridades en pugna.” Y continúa: “La diversidad es bella cuando acepta entrar constantemente en un proceso de reconciliación, hasta sellar una especie de pacto cultural que haga emerger una «diversidad reconciliada», como bien enseñaron los Obispos del Congo: «La diversidad de nuestras etnias es una riqueza [...] Sólo con la unidad, con la conversión de los corazones y con la reconciliación podremos hacer avanzar nuestro país».”

La CG 35 nos invita a revitalizar, junto con la identidad y misión, la comunidad. Esta Congregación General nos pide responder a esa invitación dando un paso más decidido, *remando mar adentro* al articular el tríptico de identidad, misión y comunidad por medio de la hospitalidad reconciliadora de cada comunidad y obra. Es reconociendo la presencia de Dios no sólo en el prójimo sino en el rostro del extraño e incluso hostil como nuestra identidad, misión y comunidad se adentra a imagen y semejanza del Dios de Jesús y como gracia en la vida Trinitaria y encarnada del Creador y de la nueva creación.

La hospitalidad nos reconcilia a todos con todos en un mundo donde la violencia está generalizada en esta *tercera guerra mundial a trozos* que fuerza a migrantes y a refugiados a abandonar sus hogares y tocar a las puertas de tantos otros. Hoy *remar mar*

adentro es adentrarse y dejarse adentrar por los percibidos como hostiles para reconciliar con hospitalidad, para cohabitarnos como Dios que se hace hospitalidad todo a todos. La Compañía de Jesús es la Compañía de la Paz, Jesús es la Paz (Ef 2:14). Por eso nuestra misión de “hacer pazes” para la construcción y sostenibilidad de “la casa común” amenazada hoy por tantas violencias en un mundo globalizado, es más urgente, si cabe, que en los tiempos en que Ignacio y los primeros compañeros nos fundaron para “reconciliar desavenidos.” “Hacer pazes” es *transformar la hostilidad en hospitalidad para reconciliarnos* en la “casa común” de todos, especialmente los excluidos violentamente. Hoy la *opción preferencial por los pobres*, parte esencial de la cristología, es *opción preferencial por los desavenidos*.